

al estado religioso. Puesto al estudio se conoció mucho mejor la poca afición que tenía, no sólo á ser religioso, pero ni aun á ser eclesiástico, por más que sus padres deseaban lo contrario, y con cuidado procuraban persuadirle. Afligida su madre fué á tratar con Rosa su desconsuelo, cuando estaba la virgen en el retiro de la celdilla que había fabricado en el huerto de su casa; declaróse con ella, propúsole sus penas, pidióla que ayudase estos buenos intentos con el socorro de sus oraciones. Rosa, como era prontísima en apresurar el alivio de los afligidos, prometió desde luego á Eufemia todo lo que pudiesen con Dios sus oraciones. De allí á poco tiempo, mirando por un rato al cielo y después de breve tardanza volviendo sobre sí: «No tienes que poner duda en ello, la dijo, tu hijo Rodrigo después de pocos meses tomará el hábito religioso; pero no será de la Compañía, como tú deseas.» Estas últimas palabras, como si fueran una saeta aguda, traspasaron el corazón de Eufemia, quien dijo á la virgen: «¡Oh cuánto ha de sentirlo mi marido, cuando me oiga decir que nuestro hijo no ha de ser de la Compañía!» Respondió á esto, compadecida la virgen, con afabilidad y blandura de palabras: «Antes debes dar muchas gracias, adorando la providencia divina, que con tanto tiempo ha dispuesto que esto haya llegado á tu noticia; con que puedas poco á poco ir disponiendo el corazón de tu marido, para que no quiera contradecir al divino espíritu, que corre libremente por donde quiere, y para acabar de reducir la voluntad á que primero se cumpla en Rodrigo la divina que la vuestra. Y no me dejes de avisar en tomando este niño el hábito, para que yo dé gracias al Criador por este beneficio que ha sido servido de concedernos.» Pasáronse cerca de tres meses, y comenzó á sentir de repente el joven que se inflamaba su corazón con ardientes deseos de ser Religioso; dijo á sus padres que pues este era su gusto, que hiciesen diligencias para que le admitiesen en su religión los Padres de la Compañía. Supo esto Rosa y volvió á decir á

Eufemia: «Es infalible que verás á tu hijo Religioso; pero no es menos cierto que no será de la Compañía; espéralo el hábito más austero y más áspero del Serafín Francisco.» Nada menos que esto deseaba entonces Rodrigo, nada estaba más lejos del afecto de sus padres, quienes habían hablado ya con los Padres de la Compañía de Jesús, los que accediendo á su petición habían solicitado y pedido al Provincial el correspondiente permiso. Pero, disponiéndolo Dios así, tardó en venir, y en este intervalo Rodrigo, sin saberlo sus padres, se fué secretamente al convento de San Francisco, pidió el hábito, fué admitido y avisados sus padres, los que finalmente consintieron en ello. Pasados ocho días fué recibido al hábito en la pobre familia de los frailes Menores. Su madre, cuidadosa y dudando que pudiese perseverar un niño criado en regalo y de compleción delicada en Religión tan áspera y que profesa tantos rigores; juzgando que le habían de faltar las fuerzas, volvió otra vez á consultar á Rosa, llena de temores y sobresaltos, porque había sabido que estaba achacoso con los rigores de la cuaresma. La virgen, reprendiendo blandamente su desconfianza, la dijo: «¿Tan poca fe tienes? ¿tanto desconfías de los socorros de la Virgen Santísima del Rosario, á cuyo amparo tengo yo encomendado el novicio Rodrigo? Está segura que ha de perseverar en su Orden y da por hecho que está ya profeso.» ¿Qué más puede decirse? Rodrigo al punto que trocó la camisa de lienzo por la grosera túnica de sayal, convaleció luego, y acabado el año del noviciado profesó y perseveró muchos años en la orden seráfica, siendo varón virtuoso y muy ejemplar sacerdote.

María Pérez, esclava de D. Leonardo de Rojas, español noble, vivía en mal estado con su dueño, aunque era oculto el pecado. Llegó tiempo en que arrepentida de su ruin trato, y deseando mirar por su salvación, no hallaba modo para apartarse de la ocasión, abandonando al caballero; ni el estado de esclava la dejaba esperan-

za para evitar el peligro, casándose. Fuése á ver con Rosa para desahogar su pena, dándole cuenta de su desdicha. Compadecida la virgen de la esclava, dióla buenas esperanzas, diciendo: «Que tuviese gran confianza de la misericordia divina, que vendría tiempo en que D. Leonardo la admitiese por esposa legítima.» Creyólo la afligida mujer, aunque no parece que hallaba razón para fundar tan feliz esperanza; pero desengañóla la experiencia; con que conoció muy á satisfacción suya que no había sido vano el consuelo que la dió Rosa.

Dos esclavas negras se habían huído á un mismo tiempo de casa de María de la Mesta, mujer de Medoro Angelino, pintor; y Antonia, que era una de ellas, se había llevado también consigo unas llaves de que necesitaba mucho su ama. Quejóse tiernamente María de la Mesta de este acontecimiento, visitando á Rosa. Lamentaba el verse obligada á quebrantar la cerradura del arca donde tenía guardados todos sus vestidos ó buscarlos prestados para el día siguiente, si las llaves que se había llevado su esclava no parecían. Mas Rosa respondió de repente: «Ni uno ni otro será necesario, porque al volver á tu casa, antes que te hayas apeado de la silla en que fueres, al mismo umbral de la puerta llegará quien te diga que ya Antonia, arrepentida se ha vuelto á tu servicio, y que la otra volverá también mañana.» Oído esto se despidió de la virgen, María de la Mesta, y al llegar al umbral la salió á recibir su marido y la dió la buena nueva de que ya había vuelto Antonia con las llaves; á lo que respondió ella: «Pues mañana volverá la otra esclava que falta de casa.» Ambas cosas había dicho Rosa; ambas vió cumplidas María de la Mesta al día siguiente.

Había determinado el Virrey del Perú encargar al contador D. Gonzalo el desempeño de una comisión importante muy lejos de Lima en servicio del Rey, la que, aunque honorífica, era muy difícil y de mucha molestia y pesadumbres, y que pedía para ejecutarse

con el debido acierto un varón de gran experiencia y confianza y de mucha entereza. Para que diese con más facilidad D. Gonzalo su consentimiento, envió el Virrey á un Oidor de la Real Audiencia, al Fiscal y á su mismo confesor, para que la autoridad de tantos le venciese á aceptar el nuevo cargo que deseaba encomendar á su diligencia y buen despacho. El contador, acosado con la autoridad de los delegados del Virrey, sabiendo el deseo y resolución de éste, y conociendo por otra parte muy detalladamente la dificultad del empeño, pidió tiempo para deliberar y mirarse mejor en ello; dando por excusa que estaba de partida la flota para España, y que las muchas cartas y el ajustar sus cuentas le tenían muy ocupado entonces y que ni un instante podía faltar de casa; pero á la verdad todo era dar excusas y largas, usando de este pretexto por ver si dando treguas al tiempo podía descubrir camino para eximirse de negocio tan peligroso. Partida ya la flota, vinieron otra vez á hablar los tres mensajeros, no todos juntos, como antes, sino cada uno de por sí, por cuanto daba prisa la gravedad del negocio y el servicio del Rey. Finalmente, el 15 de Abril le citaron para que al día siguiente fuese á verse con el Virrey, que le esperaba en su palacio, para que allí se resolviese el punto. Con esto conoció el contador que ya no había lugar para excusarse y que le sería forzoso admitir el viaje que tanto aborrecía; por lo cual aquella noche, después de haber cenado triste y melancólico, explicó su cuidado á su mujer y á Rosa, sin dar parte á otra alguna persona. D.^a María de Usateguí desde luego perdió el color en oyéndolo; pero no Rosa, que saliendo al día siguiente del oratorio habló al contador, que estaba ya para salir de casa y verse con el Virrey, y díjole: «Ten buen animo; no temas; más alegre volverás de palacio que ahora te vas de casa, y para no detenerte con palabras superfluas, solo te digo que estés seguro. Aquel arduo negocio que tanto recelo te causa y tanta tristeza, á otro se ha de encargar y quedarás libre.» Dudando de

esto la mujer del contador, repitió lo mismo dos y tres veces, y añadió esto: «Aunque veas á tu marido con los pies en los estribos y que está ya puesto á caballo para partirse, no creas que ha de hacer esta jornada que tanto te molesta.» ¡Cosa admirable! Entró el contador en la habitación del Virrey, adonde fué llamado con toda prisa, detúvose hablando con él por espacio de hora y media, y cuando esperaba temeroso que el Virrey le insinuase el decreto irrevocable de su partida, con todo agrado le despidió; sin que en todo aquel tiempo que con él se detuvo le hablase la menor palabra tocante á la comisión que temía, aunque por espacio de cuatro meses había sido todo el deseo del Virrey, que por medio de los personajes que le habían hablado admitiese el contador, aunque fuese contra su voluntad, el encargo para que ahora le había llamado á su palacio. Después de largo tiempo se le encomendó á otra persona, como si nunca se hubiera acordado de D. Gonzalo.

Fernando Flores de Herrera, hermano de Rosa, siguiendo la milicia, á ejemplo de su padre, había penetrado hasta el reino de Chile, donde consiguió el honor de alférez de su compañía. A éste, que estaba distante de Lima más de quinientas leguas, escribió Rosa una carta, porque había sabido por revelación divina que se había casado en Chile. En ella le aconsejaba que «ya que había tomado aquel estado no pusiese en olvido el cumplir puntualmente entre los estruendos de la guerra con las obligaciones que corren á cargo de un padre de familias cristiano; que gobernase su casa, atendiendo á que todos viviesen con temor de Dios y ajustados á las divinas leyes; que procurase con toda diligencia criar bien á los hijos que Dios había de darle, doctrinarles y enseñarles buenas costumbres; que el primer fruto del matrimonio había de ser una hija que Dios señalaría en el rostro con una rosa encarnada, carácter con que desde luego quería el Señor sellarla y escogerla para sí; por lo cual era santo consejo que

desde su nacimiento la ofreciese y dedicase á Dios y á su augustísima Madre, porque esta hija había de ser muy agradable al Altísimo con la pureza y vida inocente que había de observar.» Sucedió así, porque después de pasados poco más de dos años, fué este el primer fruto que cogió Fernando del matrimonio; y desde que salió del vientre de su madre se vió una rosa tan graciosamente formada en su mejilla, que ni el pincel más cuidadoso pudiera pintarla con más perfección y gracia. Fué creciendo con esta señal la niña, causando admiración á cuantos habían antes visto la cara de nuestra virgen. Concurrían á competencia á la casa de Fernando de Flores para ver con sus ojos aquel caso tan providencial y tan raro. La niña, desde sus primeros años, se sintió fuertemente inclinada á los ejercicios de religión y virtud. Quedó muy temprano huérfana de padre y madre, y D. Francisco Lasso de la Vega, Gobernador y Presidente de Chile, movido de la devoción que tenía á nuestra Rosa, ya difunta, cuya celebridad y buen nombre se extendía hasta aquellos remotos reinos, se encargó de remitirla á sus expensas á Lima, donde vivió en el convento de Santa Catalina con su abuela María de Oliva, y resplandeció maravillosamente, dando singular ejemplo de virtud y observancia.

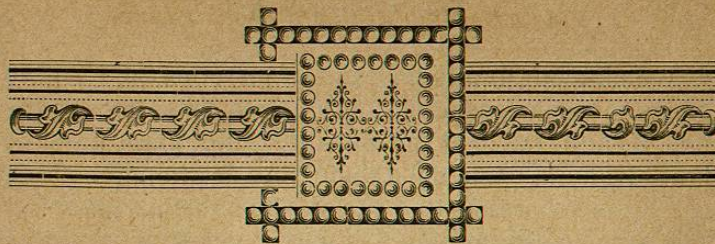
Doña Isabel Mejía, matrona noble, tenía una esclava negra, que por su antojo se había puesto el nombre de Esperanza, como si fuera cristiana bautizada. Había sido traída á las Indias desde lo interior de Libia, embarcándose en un puerto que los antiguos llamaban el Promontorio Hesperio y ahora llaman comúnmente Cabo Verde; había servido primeramente en el Estrecho de Panamá y últimamente conducida á Lima, había ya seis años que estaba en casa de Doña Isabel y en su servicio. Sucedió que le sobrevino una grave enfermedad; por lo cual Rosa, interponiendo importunos ruegos, consiguió de Doña Isabel y de su madre que le diesen licencia para traerla á su casa, donde pu-

diese asistirle con más puntualidad y cuidado. Luego que la trajeron comenzó la virgen á hablar de repente consigo misma diciendo algunas palabras, que no se le entendían por ser perplejas, y al fin vino á decir claramente á su madre: «Yo tengo para mí que Esperanza no está bautizada.» La enferma por el contrario, á fin de evitar el empacho que le causaba no ser cristiana, porfiaba con ahinco que en Panamá había recibido el santo bautismo. Y para hacer más creíble su mentira, fingía los nombres de muchos que decía habían asistido á su bautismo. Inventaba padrinos que nunca habían existido, señalaba lugar, año, ceremonias y cuantas cosas podían desearse para que se le diera crédito. Fuéle muy fácil engañar á su señora, á María de la Oliva y á todos cuantos la oían; tanto que ya motejaban á Rosa de importuna é impertinente, porque siempre se estaba firme en lo que había dicho. La virgen sin reparar en esto lloraba á gritos, lamentaba la mala suerte de Esperanza, que estando enferma negaba la verdad y quería persuadir que estaba bautizada. Vino á Lima después de once días, disponiéndolo así la divina providencia, Francisco, esclavo de D. Gonzalo, que había caminado en compañía de Esperanza desde Africa á Panamá y desde allí á la Ciudad de los Reyes. Preguntado éste acerca del punto, respondió sin dobléz y sin ficción, que él siempre había creído que en los seis años que Esperanza había estado en aquella ciudad, no la habían bautizado; porque el que no hubiese recibido el bautismo en Lima, lo tenía por llano. Convencida con esto la esclava y cogida en la mentira que hasta allí había urdido, admirábase, no sabiendo por dónde podía haber venido el secreto á noticia de Rosa, y comenzó á hablar lo siguiente: «Cuando yo caminaba desde Panamá á la casa de Doña Isabel, mi señora, las otras negras esclavas que venían conmigo, por afrenta, dieron en llamarme la yegua, dándome este mal nombre por decir que aun no estaba bautizada. Yo, viendo esto, impaciente del oprobio y sin poder sufrirlo, repli-

qué que era tan cristiana como ellas. Desde entonces por no avergonzarme llevé adelante el embuste, procurando hasta el día de hoy defender mi mentira con pertinacia ciega y porfiada. Ahora confieso que Rosa no sé cómo ni con qué noticias ha descubierto toda esta maraña. Con lo cual pido de corazón y con todo rendimiento el santo bautismo.» Sin detenerse más, acabando de decir esto la enferma, llamó Rosa al cura de San Sebastián, refirióle todo lo sucedido y viniendo en ello Esperanza fué bautizada y murió el día siguiente la dichosa esclava.

No había quien se atreviese á preguntar á Rosa, ufana con el feliz suceso de Esperanza, cómo había sabido este secreto; porque todos tenían entendido que humanamente no pudo desde Lima tener noticias de este caso. Por otra parte constábale á su madre que no era la primera vez que el cielo daba á su hija noticias de acontecimientos que habían tenido lugar muy lejos de allí. Sabía por experiencia que siendo de poca edad la virgen, sin costa y sin trabajo le habían infundido el arte de leer y escribir sin haberlo aprendido de maestro, ni adquirido con estudio; aunque después se descubrió el misterio, y fué de esta suerte. Había enseñado á Rosa su madre las primeras letras del alfabeto, y la mandaba que juntando letras deletrease las sílabas. También le había puesto en una tabla una muestra, para que imitando la forma de los caracteres con la pluma, fuese poco á poco aprendiendo á escribir. Mas quería Rosa emplear todo este tiempo en oración; pero su madre imaginando que era poca afición y mucha pereza y tedio de estudiar la lección, como sucede á otros niños, persuadió á su confesor que delante de ella la diese una reprensión, afeando su negligencia y poca aplicación en aprender lo que la enseñaban. Obró el confesor con buena intención en lo que le habían dicho. Rosa, al día siguiente, después de haber estado en oración, fué á que le diese lección su madre; comenzó á leer sueltamente en el libro en que se la daba, y ade-

más de esto sacó la plana escrita de su mano con toda perfección y la mostró á su madre. Por eso no se admiraba la madre de Rosa, de que tuviera conocimiento su hija de los sucesos lejanos, por el mismo camino por donde había aprendido á leer y á escribir; esto es, por virtud y gracia del Espíritu Santo. El suceso más fausto para Rosa era el de su dichosa partida de este mundo al otro, del que tuvo noticia del modo que se dirá en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO XXIX

Rosa, sabiendo el día de su muerte por revelación divina, entra esforzadamente en la pelea de la última enfermedad, en la que sale siempre victoriosa.

CUAL sea tormento más penoso para el alma, ó saber de cierto el día y la hora de la muerte, ó ignorarle y temerle cada instante; es problema, aunque muy disputado entre los doctores, no resuelto hasta el presente. Verdad es que allí aflige el fatal decreto; pero aquí aprieta mucho las cuerdas el secreto de cuando ha de ser. Para sólo aquellos que son amigos de Dios, el morir es logro y ganancia, es descanso y es corona. Por eso dispensa el cielo con algunos, por especial privilegio, descubriendo el secreto del día y de la hora, y asegurando con el conocimiento las dichas eternas.

Los hijos de este siglo son los que tienen razón para temer, por lo mismo que mueren para el cuerpo y para el alma. Para los predestinados al día y la hora de la partida para la eternidad son momentos de felicidad